

**La imagen y la narrativa como herramientas para el abordaje psicosocial en escenarios de
violencia. Departamentos de Norte de Santander y Santander**

Jennifer Jafreth Amaya Cárdenas

Freddy Aldair Valencia Vega

Yerly Alejandra Mesa Díaz

Maira Alejandra Lozano Peñaranda

Magda Rocío Ortiz Salazar

Asesora

Ebelin Andrea Pomar Artunduaga

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades ECSAH

Psicología

2025

Resumen

Este trabajo aborda el análisis psicosocial desde los enfoques narrativos mediante el estudio de relatos, documentales y experiencias comunitarias en territorios afectados por la violencia en Colombia. En primer lugar, se presenta el análisis del caso “Sin descanso hasta encontrarlos”, destacando cómo las narrativas permiten resignificar el dolor, identificar emergentes psicosociales asociados a la desaparición forzada y reconocer elementos de resiliencia expresados en la búsqueda constante y la acción colectiva. Posteriormente, se formulan preguntas circulares, reflexivas y estratégicas orientadas a profundizar en las dinámicas familiares, comunitarias y emocionales presentes en las víctimas y sobrevivientes. En segunda instancia, se desarrolla el análisis del caso “Bojayá: entre fuegos cruzados”, donde se identifican impactos bio-psico-socioculturales, símbolos de memoria y estrategias de afrontamiento comunitario que evidencian la capacidad del territorio para reconstruirse a partir de la fe, la organización social y la memoria colectiva. Luego se presentan estrategias psicosociales basadas en la vida cotidiana y el proceso sociohistórico, orientadas al fortalecimiento comunitario, la sanación emocional y el empoderamiento territorial. Finalmente, el informe analítico y reflexivo sobre la metodología foto voz muestra cómo la imagen y la narrativa se convirtieron en herramientas de reconocimiento, sensibilización y transformación, permitiendo comprender diversas manifestaciones de la violencia y visibilizar prácticas de resistencia en diferentes contextos. Este proceso integró teoría, práctica y experiencia emocional, resaltando el valor del acompañamiento psicosocial fundamentado en la empatía, la memoria y la participación comunitaria.

Palabras clave: Memoria, Resiliencia, Narrativa, Comunidad, Violencia

Abstract

This work addresses the psychosocial analysis from narrative approaches through the study of testimonies, documentaries, and community experiences in territories affected by violence in Colombia. First, the analysis of the case “Sin descanso hasta encontrarlos” highlights how narratives allow to resignify pain, identify psychosocial issues related to forced disappearance, and recognize resilient elements expressed through constant searching and collective action. Subsequently, circular, reflective, and strategic questions are formulated to deepen family, community, and emotional dynamics present in victims and survivors. Then, the analysis of the case “Bojayá: entre fuegos cruzados” identifies bio-psycho-social-cultural impacts, symbolic elements of memory, and community coping strategies that demonstrate the territory’s ability to rebuild itself through faith, social organization, and collective remembrance. Later, psychosocial strategies based on daily life and socio-historical processes are presented, aimed at strengthening community ties, emotional healing, and territorial empowerment. Finally, the reflective and analytical report on the photovoice methodology shows how images and narratives became tools for recognition, awareness, and transformation, allowing a deeper understanding of various forms of violence and making visible the resistance practices present in different contexts. This process integrated theory, practice, and emotional experience, highlighting the value of psychosocial accompaniment grounded in empathy, memory, and community participation.

Keywords: Memory, Resilience, Narrative, Community, Violence

Tabla de contenido

Contenido	
Análisis de Relato “Sin Descanso Hasta Encontrarlos”	7
Formulación de Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas	16
Análisis y Estrategias de Abordaje Psicosocial Para El Caso de 'Bojayá: Entre Fuegos Cruzados'	20
Estrategias Psicosociales de la Vida Cotidiana y del Proceso Socio histórico Comunitario	27
Informe reflexivo y analítico sobre las imágenes y las narrativas.....	30
Conclusiones	49
Referencias Bibliográficas	52

Lista de Tablas

Tabla 1 Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas para el caso “Sin descanso hasta encontrarlos	16
Tabla 2 Estrategias para la comunidad de Bojayá	27

Lista de Apéndices

Apéndice 1 Huellas de cambio	55
---	----

Análisis de Relato “Sin Descanso Hasta Encontrarlos”

El video Sin descanso hasta encontrarlos presenta el testimonio de familias, especialmente mujeres, que buscan a sus seres queridos desaparecidos en el marco del conflicto armado colombiano. El relato se sitúa en una realidad concreta y dolorosa: la desaparición forzada como una práctica sistemática que dejó miles de víctimas y que aún hoy mantiene a las familias en una espera marcada por la incertidumbre, la ambigüedad emocional y la ausencia de respuestas del Estado. A través de sus voces, la documental muestra no solo el impacto emocional de la pérdida, sino también la manera en que la búsqueda se convierte en un acto de resistencia, amor y persistencia colectiva. En este sentido, el Centro Nacional de Memoria Histórica señala que “la búsqueda de las personas desaparecidas es, para las familias, un acto de amor y de resistencia que desafía el olvido y la indiferencia institucional” (Centro Nacional de memoria Histórica, 2016). Así, la narración contribuye a reconfigurar el tiempo y otorgar sentido a la experiencia vivida, transformando la palabra en un acto de resistencia, reparación simbólica y persistencia amorosa.

La Ausencia y la Esperanza

Los relatos escuchados no solo narran hechos: abren una ventana emocional hacia experiencias marcadas por la incertidumbre, el miedo y la ruptura familiar. Aparecen emergentes psicosociales que se entrelazan entre sí. La desaparición forzada deja un vacío que no se puede nombrar del todo, una herida que insiste en quedarse abierta. La ambigüedad afectiva “ni vivo ni muerto” genera un duelo suspendido que altera la vida cotidiana, tal como explica Boss (1999) cuando señala que la ambigüedad es “la pérdida más estresante y paralizante”.

Al mismo tiempo, surge la fragmentación familiar, donde cada integrante vive la pérdida desde silencios y roles distintos. Martín-Baró (1990) sostiene que estas rupturas reflejan “las heridas que la violencia imprime en la vida social”, algo evidente en las narrativas donde el silencio impuesto se vuelve casi una regla para sobrevivir. Además, se siente un miedo social

aún activo, un temor que ha sido heredado de generación en generación, como lo plantea Robben (2005) cuando describe el miedo como un “afecto socializado que configura modos de habitar el mundo”.

A pesar del dolor narrado, también aparece una fuerza que no se apaga. Las familias buscadoras no solo recuerdan: resisten. En sus voces emerge una energía colectiva que transforma la pérdida en un impulso para organizarse, exigir respuestas y reconstruir la comunidad. Aquí, la acción colectiva se convierte en una forma de resiliencia socio política, entendida como la capacidad de actuar frente a estructuras que han fallado. Según Ungar (2011), la resiliencia no es solo adaptación individual, sino una construcción social que depende del acceso a recursos, redes y sentidos compartidos.

Los relatos también muestran cómo la memoria se vuelve un acto político. Jelin (2002) recuerda que la memoria colectiva “abre disputas por el sentido del pasado”, algo evidente cuando las familias se reúnen para nombrar a sus ausentes y recuperar su dignidad. En las narrativas es evidente que el dolor no paraliza: moviliza. Cada gesto de búsqueda, cada encuentro, cada registro de memoria es una afirmación de vida frente a la violencia. Es allí donde la comunidad encuentra un sentido que va más allá de su tragedia.

Las narrativas no solo muestran lo que la violencia quebró, sino también lo que la comunidad sigue tejiendo a pesar de ella. Los emergentes psicosociales revelan heridas profundas, pero las voces de las familias buscadoras demuestran que la memoria, la organización y la resistencia pueden convertirse en caminos de dignificación. Entre la ausencia y la esperanza, estas historias recuerdan que la lucha por la verdad no es solo un acto político, sino también un acto profundamente humano, (autoría propia 2025)

No Somos Víctimas: Somos Memoria en Movimiento

El análisis del grupo permitió reconocer un elemento central en las narrativas de las protagonistas: ellas no se quedan en la posición pasiva de “víctimas”, sino que avanzan hacia una identificación como sobrevivientes, actoras sociales y sujetas políticas. Este tránsito no es menor; implica una profunda reconfiguración del sentido de sí mismas y de su participación dentro de un contexto marcado por el dolor, la ausencia y las exigencias de verdad.

Desde una perspectiva narrativa, este proceso puede entenderse a la luz de lo propuesto por Michael White (2012), quien planteó que las personas, al reconstruir la historia de su vida, pueden separarse del problema, desafiar los discursos que las limitan y posicionarse desde una narrativa alternativa más fuerte y empoderada. En este caso, las mujeres reescriben su identidad no desde la derrota, sino desde la resistencia y la dignidad.

Asimismo, Judith Herman (1997) destaca que la recuperación implica tres movimientos: la seguridad, la reconstrucción de la memoria y la reconexión con la vida y la acción. Las protagonistas encarnan este proceso: partiendo de experiencias profundamente dolorosas, logran transformar su vivencia en motor de movilización, convirtiendo el sufrimiento en una plataforma para exigir derechos, denunciar injusticias y sostener la memoria colectiva.

Por otra parte, el concepto de agencia resulta fundamental. Según Amartya Sen (2000), la agencia representa la capacidad de actuar sobre el mundo y modificarlo. Este grupo demuestra cómo, incluso en contextos adversos, las mujeres ejercen su capacidad de decisión, organización y liderazgo. La búsqueda constante de sus seres queridos se transforma en una acción política que interpela al Estado y a la sociedad. No es solo un acto individual: es una apuesta por la reconstrucción del tejido social y por la reivindicación de la dignidad humana.

A lo anterior se suma lo planteado por Elizabeth Jelin (2002), quien afirma que la memoria es una práctica social y política que permite disputar el sentido del pasado. Las protagonistas, al narrar su historia y al organizarse colectivamente, evitan el silencio y desafían el olvido, convirtiéndose en custodias activas de la verdad. Su palabra se vuelve herramienta de resistencia, y su presencia en los espacios públicos rompe con la idea de pasividad asociada históricamente a quienes han vivido escenarios de violencia.

En conjunto, todos estos elementos permiten comprender que el tránsito de víctima a sobreviviente no es un cambio nominal, sino un proceso profundo de resignificación que articula emocionalidad, acción colectiva, identidad y memoria. Ellas no se ven a sí mismas únicamente como receptoras del daño, sino como sujetos capaces de transformar su entorno, aportar a la verdad y construir justicia desde sus propios recursos simbólicos, emocionales y comunitarios.

Retomando lo planteado por Bruner (1991) sobre el poder de las narrativas en la construcción de la realidad, es evidente que estas mujeres no solo cuentan su historia: la reinventan para sobrevivirla. En esa capacidad de narrarse de nuevo hay una fuerza profundamente humana, una fuerza que no se deja definir por la pérdida, sino por la determinación de buscar, nombrar y recordar. Ellas recuerdan, actúan y transforman; y al hacerlo, demuestran que la dignidad puede ser un acto político y un motor para sostener la esperanza.

De la Herida a la Palabra

En las narrativas de las protagonistas, la violencia no aparece como un evento aislado, sino como una fractura profunda que altera el rumbo de la vida, el vínculo con los otros y la forma misma de habitar el mundo. La desaparición forzada se convierte en una herida que atraviesa la

memoria, la identidad y la cotidianidad, dejando un vacío que no se llena con el tiempo. Jelin (2002) sostiene que la memoria de las víctimas es un acto político que disputa los silencios impuestos, y eso es precisamente lo que se escucha en estos relatos: una lucha por nombrar lo que el dolor no deja explicar fácilmente. A su vez, Boss (1999) describe la ambigüedad de la pérdida como un duelo suspendido que desorganiza emocionalmente, una sensación que las protagonistas expresan cuando intentan poner en palabras lo que significa no tener a su ser amado, pero tampoco poder despedirlo. Finalmente, Martín-Baró (1990) plantea que la violencia arrasa con el tejido social, pero también revela la capacidad humana de resistir desde la palabra, desde el gesto mínimo de seguir recordando. En esta experiencia subjetiva, la violencia se redefine: ya no es solo daño, sino también la raíz de una búsqueda ética y espiritual que sostiene y da fuerza.

la violencia deja de ser una fuerza paralizante para convertirse en un punto de partida hacia la reconstrucción simbólica de la vida. La palabra actúa como una herramienta que reordena el caos interior; permite resignificar la ausencia y crear un lenguaje propio para nombrar la experiencia. Según White (2007), la narrativa posibilita “desplazar las historias dominantes del dolor” para abrir espacio a relatos alternos donde la dignidad y la agencia vuelven a tener lugar. De manera complementaria, Ricoeur (2004) afirma que narrar reorganiza la manera en que las personas interpretan el tiempo y el sufrimiento, permitiendo que el trauma deje de ser un destino inevitable.

Al escuchar estas narrativas, no pudimos evitar sentir cómo la palabra tiene un peso distinto cuando nace del dolor profundo. Nos dimos cuenta de que la violencia no solo deja heridas en quienes la viven, sino también en quienes la escuchamos con el corazón abierto. Pero también entendimos algo que nos conmovió: hay una fuerza inmensa en la persistencia de quienes se

niegan a olvidar. Ver cómo estas mujeres convierten la ausencia en un acto de amor nos confronta con nuestra propia forma de entender la vida, la pérdida y la resistencia. Nos recordó que la memoria no es solo recordar, sino sostener la dignidad de quienes ya no están y de quienes siguen buscando, (Autoría propia 2025).

Tejer Esperanza

En las narrativas de las familias buscadoras, el afrontamiento no aparece como una técnica ni como una estrategia fría; surge como un movimiento profundamente humano que combina memoria, cuidado y amor. La memoria se convierte en resistencia activa: recordar es una forma de mantener vivo el lazo con quien falta y, a la vez, una manera de disputar el silencio impuesto. Tal como afirma Jelin (2002), la memoria no es pasiva, sino un acto político que afirma la dignidad de quienes han sido arrebatados. Del mismo modo, el acompañamiento comunitario emerge como un sostén emocional indispensable. Butler (2004) recuerda que somos seres interdependientes y que la vulnerabilidad compartida crea redes que nos permiten seguir viviendo con sentido. En estas historias también aparece la palabra como herramienta que ordena el dolor. White (2007) plantea que narrar permite crear nuevos significados y reconstruir la identidad afectada por la violencia.

Los testimonios muestran claramente los pilares planteados por Edith Grotberg (1995): el soy, el tengo y el puedo. El soy se expresa en la identidad fortalecida de las mujeres que, pese al desgaste emocional, continúan nombrando y reclamando a sus seres queridos. El tengo aparece en las redes de apoyo que se construyen entre familias, donde la escucha, el abrazo y la presencia compartida se vuelven imprescindibles. El puedo se encarna en la capacidad de actuar colectivamente, organizarse, buscar, exigir verdad y mantener viva la memoria. Esta articulación

coincide con lo que sostiene Cyrulnik (2001), para quien la resiliencia es posible cuando la persona no está sola frente al trauma.

En lo personal, este análisis nos recordó que incluso en los momentos más difíciles, siempre existe una chispa pequeña pero firme que permite caminar. Esa chispa, en este caso, fue la memoria, la comunidad y el amor. Y creemos profundamente que esos mismos recursos pueden acompañarnos también en nuestras propias luchas, incluso en las que no se ven. (Autoría propia 2025).

Cuando el Dolor se Vuelve Camino

Los testimonios presentados en el documental permiten identificar un poderoso entramado de resiliencia colectiva, donde el dolor no se clausura, sino que se convierte en motor de acción, memoria y transformación social. Las protagonistas no se limitan a relatar hechos traumáticos; más bien, reconstruyen sus experiencias desde la fortaleza emocional, la organización comunitaria y el compromiso ético con la verdad. Su resistencia no es pasiva ni contemplativa, sino activa, creativa y profundamente humana.

En este sentido, la narrativa de las mujeres coincide con la definición de resiliencia propuesta por Boris Cyrulnik (2001), para quien esta no consiste en olvidar, sino en “navegar en los torrentes” sin perder la capacidad de volver a levantarse. Estas mujeres se convierten, justamente, en navegantes de su propia historia: cargan con la ausencia y el dolor, pero también con la dignidad y la decisión de transformar su sufrimiento en una fuerza movilizadora.

Asimismo, la experiencia presentada se articula con lo planteado por Edith Grotberg (1995), quien señala que la resiliencia se sustenta en la capacidad de las personas para reconocer sus

recursos internos (“yo tengo”, “yo soy”, “yo puedo”), los cuales se evidencian en cada acto de organización, denuncia y memoria que las protagonistas llevan a cabo. Ellas no solo *sobreviven*; también reconstruyen lazos, generan redes de apoyo y fortalecen su identidad a partir del reconocimiento mutuo.

Desde el enfoque psicosocial, autores como Martín-Baró (1990) y Ancharoff, Munroe y Fisher (1998) han resaltado que la recuperación en contextos de violencia implica procesos comunitarios donde la memoria y la acción colectiva juegan un papel esencial. En los testimonios del documental se observa claramente este proceso: las mujeres hacen de su dolor un lugar de encuentro, resignificación y empoderamiento, creando sentidos nuevos a partir de la pérdida y transformando su vivencia individual en un proyecto común.

Sus voces representan, además, una forma de resistencia ética frente al silencio impuesto por la violencia estructural. No solo reclaman la aparición o la verdad sobre sus seres queridos; también demandan una sociedad más justa, más humana y consciente de su propia historia. Al hacerlo, contribuyen a lo que Jelin (2002) denomina “la lucha por la memoria”, un campo donde se disputa el derecho a recordar, narrar y dignificar a las víctimas.

En conjunto, estos elementos permiten comprender que la resiliencia que emerge de sus discursos no es solo un proceso psicológico individual, sino también un acto político, una manera de desafiar la deshumanización y de exigir que la memoria se mantenga viva como forma de reparación simbólica y de apuesta por un futuro distinto.

A la luz de estos relatos, considero que la resiliencia de estas mujeres no debe entenderse únicamente como una capacidad de adaptación, sino como un modo de reivindicar la vida en medio de la adversidad. Coincido con Cyrulnik (2001) en que la resiliencia es un acto

profundamente humano, pero también creo desde mi propia reflexión que es un gesto de resistencia, una forma de volver a existir a pesar de los intentos de borramiento. En sus voces se revela una convicción que trasciende el dolor: la certeza de que la memoria es un acto de amor, pero también de justicia.

Formulación de Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas

Tabla 1

Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas para el caso “Sin descanso hasta encontrarlos

Tipo de pregunta	Pregunta planteada	Justificación desde el campo psicosocial
Circular 1	¿Cómo cree que la búsqueda de su ser querido ha influido en la unión o dinámica de su familia?	La dinámica familiar ayuda a reorganizarse emocionalmente y a tener o buscar un apoyo de maneras que antes no eran necesarias. Aunque el dolor causa tensión al comienzo uno visualiza que cada uno vivía la ausencia a su manera y esto coincide con lo que plantea Martín-Baró (1990), quien afirma que, frente a experiencias de violencia, las familias suelen reconfigurar sus vínculos y generar nuevas formas de solidaridad para afrontar el sufrimiento colectivo.
Circular 2	¿De qué manera las experiencias de otras mujeres en su comunidad han influido en su propio proceso de búsqueda?	Sus historias enseñan que la búsqueda no se hace sola, que una se sostiene en las palabras, en los consejos y en la manera como ellas han enfrentado el dolor. Verlas organizadas, persistentes y firmes ayuda a entender que nuestro propio proceso también es colectivo, que la memoria se construye en compañía. Desde el campo psicosocial, esto tiene sentido: como plantea Butler (2004), los vínculos con otros nos permiten transformar la vulnerabilidad en capacidad de acción, especialmente cuando el sufrimiento es compartido.

Circular 3	¿Qué cambios ha notado en la forma en que su comunidad percibe la desaparición y la memoria con el paso del tiempo?	Muchas comunidades han transformado su manera de percibir la desaparición y la memoria, pasando del silencio y el temor inicial hacia una comprensión más colectiva y abierta del dolor. Antes, la desaparición solía vivirse como un asunto privado, cargado de estigma y miedo; sin embargo, los procesos comunitarios, las iniciativas de memoria y el acompañamiento psicosocial han permitido que las personas reconozcan este hecho como una problemática social y no como una “tragedia individual”. Según Jelin (2002), la memoria se construye en diálogo con el otro y se convierte en un terreno de disputa donde las comunidades buscan sentido, reconocimiento y justicia, lo que explica por qué, con el tiempo, la desaparición deja de ser un tema oculto para convertirse en una causa compartida.
Reflexiva 1	¿Qué ha aprendido de usted misma durante este proceso de búsqueda y resistencia?	Han aprendido que su voz tiene poder, que su dolor puede transformarse en acción colectiva y que su capacidad de persistir no solo surge del amor por su ser querido, sino también de la convicción de que merecen verdad y justicia. Como señala Martín-Baró (1990) la identidad y la fuerza personal también se configuran en el marco de las relaciones sociales y de la lucha compartida. En ese sentido, su proceso les ha permitido verse no solo como víctimas, sino como sujetas activas de cambio, con una voz que

		importa y transforma.
Reflexiva 2	¿Cómo ha logrado mantener la esperanza a pesar de los obstáculos que ha enfrentado?	La esperanza no surge de negar el dolor, sino de transformarlo en una motivación para seguir adelante. Desde el enfoque psicosocial, esta capacidad de sostener la esperanza se explica porque las personas, incluso en contextos adversos, construyen significado y fuerza a través del vínculo social y la acción colectiva lo que Montero (2004) denomina procesos de fortalecimiento comunitario, permitiéndole sentir que no camino sola y que la lucha tiene sentido.
Reflexiva 3	¿Qué significado tiene para usted la palabra ‘justicia’ después de todo lo vivido?	Justicia es que su nombre no se pierda, que su ausencia no sea ignorada y que lo ocurrido no vuelva a repetirse con otras familias. Desde el campo psicosocial, la justicia adquiere un sentido reparador y colectivo, porque permite reconstruir la memoria y reafirmar la humanidad de quienes han sido vulnerados. Como plantea Martín-Baró (1990), la justicia es un acto profundamente humano que busca restituir la dignidad y sanar, no solo a la persona, sino también al tejido social herido.
Estratégica 1	Si tuviera la oportunidad de liderar un proyecto comunitario, ¿cómo promovería la memoria de los desaparecidos?	Impulsa procesos pedagógicos con niños, jóvenes y adultos, para que la memoria no se quede solo en quienes han vivido el dolor, sino que se convierta en una responsabilidad colectiva. Desde lo psicosocial, la memoria es un acto de resistencia que ayuda a reparar

		vínculos y a reafirmar la dignidad, tal como señala Jelin (2002), cuando afirma que recordar es una forma de disputar el silencio y abrir caminos para la justicia.
Estratégica 2	¿Qué tipo de acompañamiento considera que debería fortalecerse para apoyar a las familias buscadoras?	El apoyo psicosocial constante, espacios seguros para hablar del dolor, grupos de apoyo entre mujeres, y acompañamiento terapéutico sensible al contexto, ayuda a sostener la esperanza. Además, fortalecer redes comunitarias hace que la carga no recaiga solo en la familia, sino que se comparta desde la solidaridad. Como lo plantea Villa Gómez (2010), el acompañamiento psicosocial debe reconocer la dimensión humana del sufrimiento y promover acciones colectivas que dignifiquen la experiencia.
Estratégica 3	¿Qué mensaje le gustaría dejar a otras personas que atraviesan una experiencia similar a la suya?	La búsqueda cansa, duele y a veces parece que no avanzara, pero cada gesto, cada palabra y cada acción mantiene viva la memoria de quienes faltan. A quienes están viviendo lo mismo, les diría que su dolor es legítimo, que su lucha importa y que, aunque el camino sea largo, la esperanza también se construye de a poquito, como un acto diario de amor.

Nota. En la tabla se presentan las preguntas circulares, reflexivas y estratégicas formuladas con una base en el enfoque narrativo, al igual que la justificación desde el campo psicosocial para un mejor relato. *Fuente.* Autoría propia (2025)

Análisis y Estrategias de Abordaje Psicosocial Para El Caso de 'Bojayá: Entre Fuegos Cruzados'

El caso Bojayá: Entre Fuegos Cruzados relata la masacre ocurrida el 2 de mayo de 2002, cuando un cilindro bomba lanzado por las FARC impactó la iglesia donde se refugiaban más de 300 habitantes del municipio, dejando al menos 79 civiles muertos y decenas de heridos, según informes oficiales de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz. Este hecho se consolidó como uno de los ataques más devastadores contra la población civil en el marco del conflicto armado colombiano, afectando profundamente la identidad, la espiritualidad y el tejido comunitario del pueblo afrodescendiente de Bojayá (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2016).

Cuando la Vida Cotidiana Se Rompe

El caso de Bojayá muestra cómo un hecho violento puede transformar la vida cotidiana de una comunidad. Más allá del ataque ocurrido el 2 de mayo de 2002, lo que se observa es una ruptura profunda en las dinámicas familiares, espirituales y culturales que sostenían la vida del pueblo. La masacre alteró su sentido de seguridad, su relación con el territorio y la confianza entre la población, generando cambios psicosociales que se mantienen hasta hoy (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2016). Desde un enfoque psicosocial, los emergentes derivados del conflicto permiten comprender cómo el miedo, el dolor y la pérdida se integran a la historia colectiva y afectan de manera permanente la identidad comunitaria.

Uno de los emergentes centrales es el duelo colectivo interrumpido. La explosión dentro de la iglesia impidió que las familias desarrollaran sus rituales de despedida, esenciales para la elaboración del dolor. Boss (1999) describe este fenómeno como pérdida ambigua, en la que los procesos de cierre emocional quedan suspendidos por la magnitud del trauma. En Bojayá, la

incertidumbre sobre los cuerpos, la falta de rituales y el miedo constante impidieron que la comunidad iniciara un proceso normal de duelo, generando sufrimiento prolongado.

Otro emergente importante es la memoria colectiva como forma de resistencia. Frente al trauma, la comunidad mantiene viva la memoria a través de cantos tradicionales, conmemoraciones y reconstrucción simbólica del territorio. Jelin (2002) explica que la memoria no solo recuerda, sino que también reclama derechos, justicia y verdad. En este sentido, los habitantes de Bojayá han convertido el recuerdo en un acto político y cultural que fortalece su identidad.

También aparece la desconfianza hacia las instituciones, producto del abandono estatal previo y posterior al hecho. Para Martín-Baró (1990), la violencia sociopolítica genera fracturas en la relación entre ciudadanía e instituciones, lo que afecta la cohesión social. Esto se evidencia en Bojayá a través del sentimiento de desprotección y la percepción de que el Estado no actuó oportunamente para prevenir ni reparar la tragedia.

Aunque existe dolor, también emerge un aspecto poderoso: la solidaridad comunitaria. Tras el hecho, las familias organizaron redes de apoyo, reconstruyeron sus viviendas y fortalecieron sus lazos emocionales. Villalta (2010) señala que, en contextos de violencia extrema, la cooperación comunitaria se convierte en una herramienta fundamental de contención emocional y reconstrucción social.

Se identifica la desconexión territorial, que se manifestó en desplazamientos forzados y en la pérdida temporal de lugares significativos para la comunidad. Para los pueblos afrodescendientes, el territorio no es solo un espacio físico, sino un elemento identitario y espiritual. La ruptura de este vínculo generó heridas emocionales profundas y afectó su sentido de pertenencia.

Cuerpos, Emociones y Territorios Heridos

El caso de Bojayá evidencia cómo un hecho violento afecta simultáneamente el cuerpo, la mente, las relaciones sociales y la identidad cultural de una comunidad. El impacto de la explosión del cilindro bomba no fue únicamente físico; la masacre transformó la vida emocional, social y simbólica del pueblo. La violencia sociopolítica provoca daños múltiples que se conectan entre sí, generando un sufrimiento profundo y sostenido en el tiempo, tal como lo explica Martín-Baró (1990), quien señala que los impactos del conflicto se manifiestan tanto en el individuo como en los colectivos que comparten la experiencia traumática.

En la dimensión biológica, las personas sufrieron heridas físicas graves, amputaciones, quemaduras, daños auditivos y traumas corporales permanentes. Muchas de estas afectaciones no fueron tratadas adecuadamente debido a las limitaciones históricas de acceso a salud en la región. Además, la exposición prolongada al estrés generó alteraciones fisiológicas como insomnio, tensión muscular, enfermedades psicosomáticas y desgaste físico. Herman (1997) sostiene que el trauma extremo altera la regulación del cuerpo, produciendo reacciones físicas persistentes que interfieren con la vida cotidiana.

En el plano psicológico, las consecuencias fueron igualmente profundas. La comunidad experimentó miedo constante, recuerdos intrusivos, ansiedad, depresión, tristeza permanente y pérdida de la sensación básica de seguridad. La masacre ocurrió en un lugar considerado sagrado y protector, lo que intensificó el sentimiento de indefensión. Para las niñas y los niños, el impacto emocional incluyó regresiones, dificultades escolares y temor a sonidos fuertes. Según van der Kolk (2014), los eventos traumáticos rompen la continuidad psicológica de la vida, dejando una huella emocional duradera que afecta la capacidad de confiar y vincularse con otros.

En el ámbito social, la explosión fracturó el tejido comunitario. Muchas familias fueron desplazadas y tuvieron que abandonar sus redes de apoyo, sus rutinas y actividades económicas como la pesca y la agricultura del río Atrato. El desplazamiento forzado alteró la estructura comunitaria y debilitó los roles sociales. Además, se generó una fuerte desconfianza hacia actores armados y hacia el Estado por la falta de prevención y de atención oportuna después de la masacre. Como afirma Gaborit (2006), la violencia estructural debilita la cohesión social y deteriora las relaciones entre las instituciones y las comunidades.

En la dimensión cultural, la masacre afectó profundamente las prácticas rituales y la espiritualidad que caracterizan a la comunidad afrodescendiente de Bojayá. La iglesia, espacio central para el duelo, quedó destruida, interrumpiendo los alabaos y rituales funerarios que permiten procesar la pérdida. Aunque estas prácticas se recuperaron con el tiempo, la destrucción del espacio sagrado generó un vacío profundo. Jelin (2002) señala que la cultura es un eje fundamental para mantener la identidad y enfrentar el trauma, por lo que su interrupción provoca heridas simbólicas difíciles de sanar.

El territorio también sufrió un daño simbólico significativo. El lugar de la masacre se convirtió en un espacio marcado por el dolor, la ausencia y la memoria. Para las comunidades afrodescendientes, el territorio no es únicamente un espacio físico, sino un vínculo espiritual con los ancestros. Su destrucción representó una fractura emocional vinculada a la pérdida de estabilidad, pertenencia y continuidad. Robben (2005) explica que los territorios pueden convertirse en “lugares de memoria” donde se concentran tanto el trauma como las posibilidades de reconstrucción colectiva.

Los impactos bio-psico-socioculturales muestran que la masacre de Bojayá transformó profundamente la experiencia humana de sus habitantes. Sin embargo, también dejaron ver la capacidad del pueblo para reorganizarse, reconstruir su identidad y mantener viva su memoria. El dolor no desapareció, pero se convirtió en una fuerza que impulsa su lucha por la dignidad, la justicia y la reparación.

Cuando Los Símbolos Hablan: Violencia, Resiliencia y Transformación

El caso de Bojayá permite comprender cómo los símbolos ayudan a nombrar lo ocurrido, incluso cuando las palabras no son suficientes. En el documental se observa que la comunidad no solo recuerda el hecho violento, sino que lo transforma en una narrativa donde el dolor, la memoria y la resiliencia se entrelazan. Los símbolos presentes en Bojayá permiten analizar la manera en que una comunidad resignifica la tragedia para continuar viviendo y reconstruyendo su historia colectiva. Ricoeur (2004) señala que los símbolos permiten expresar lo que el lenguaje directo no puede nombrar, convirtiéndose en herramientas de comprensión y sanación frente al trauma.

Uno de los símbolos más poderosos es la iglesia destruida. Este espacio, que representaba protección espiritual, se convirtió en escenario de muerte. Su destrucción simbolizó la ruptura de la confianza en el territorio y en la vida cotidiana. Sin embargo, su posterior reconstrucción expresó un acto de resistencia y renacimiento colectivo. La nueva iglesia no solo es un lugar físico, sino un testimonio de la capacidad del pueblo para levantarse. Como lo plantea White (2007), los relatos y los lugares pueden ser reescritos para recuperar agencia y dignidad después del daño.

El segundo símbolo central es el Cristo mutilado, conocido como el Cristo de Bojayá. La figura, que perdió brazos y piernas en la explosión, se transformó en un ícono nacional del sufrimiento civil en el conflicto armado. Para la comunidad, no es solo una imagen religiosa, sino un recordatorio material del horror vivido y del valor de quienes murieron. El Cristo representa la vulnerabilidad y la resistencia simultáneamente. Según Butler (2004), los cuerpos heridos y sus representaciones simbólicas permiten visibilizar la fragilidad humana, pero también su capacidad de rehacerse.

También es fundamental la música ritual, especialmente los alabaos. Estos cantos afrodescendientes acompañan los duelos y conectan a la comunidad con sus ancestros. Después de la masacre, los alabaos se convirtieron en un puente entre el sufrimiento y la sanación, permitiendo que la memoria se sostuviera de forma colectiva. Los cantos representan resiliencia cultural y emocional. Jelin (2002) explica que estas prácticas permiten transformar el dolor en una forma de resistencia simbólica, pues preservan la identidad incluso en medio de la violencia.

El territorio aparece como un símbolo de lucha y memoria. Aunque la masacre marcó el espacio con dolor, la comunidad lo resignificó como un lugar para recordar y reclamar justicia. Robben (2005) afirma que los territorios pueden convertirse en escenarios donde se depositan las experiencias traumáticas y las esperanzas de reconstrucción. En Bojayá, el territorio pasó de ser escenario de violencia a convertirse en un espacio para la vida, la memoria y la exigencia de reparación, la misma comunidad es un símbolo de resiliencia. La forma en que se organizaron reconstruyó sus hogares, dignificaron a sus muertos y mantuvieron sus prácticas espirituales demuestra una resistencia activa que desafía el impacto de la violencia. Martín-Baró (1990) sostiene que la resistencia colectiva es una respuesta ética frente a la opresión y la violencia

sociopolítica. El pueblo de Bojayá encarna esta resistencia en su lucha constante por la dignidad y la memoria, los símbolos presentes en el caso Bojayá revelan que la comunidad no se limita a recordar el dolor, sino que transforma su historia para seguir adelante. La violencia dejó heridas profundas, pero la memoria, la espiritualidad y la organización social les permitieron reconstruir su identidad y resignificar la tragedia como un acto de dignidad y lucha por la vida.

Estrategias Psicosociales de la Vida Cotidiana y del Proceso Socio histórico Comunitario

Tabla 2

Estrategias para la comunidad de Bojayá

Nombre de la estrategia	Descripción fundamentada	Objetivo	Fases y tiempo	Acciones principales	Impacto deseado
1. Tejiendo memoria viva	Es una estrategia que promueve la reconstrucción colectiva de la memoria histórica mediante el arte, la narración oral y los encuentros. Parte de la idea de que la memoria es un proceso social y dinámico (Halbwachs, 1950; Jelin, 2002) que se fortalece cuando las voces de distintas generaciones dialogan e reinterpretan lo vivido.	Promover la reconstrucción de la identidad colectiva y la dignificación de las víctimas a través de procesos participativos de memoria, ya que esta estrategia potencia la participación y el empoderamiento, permitiendo que la comunidad narre su historia desde sus propios saberes culturales.	Fase 1: Diagnóstico participativo (1 mes) Fase 2: Talleres de memoria y arte (2-3 meses) Fase 3: Socialización comunitaria	Fase 1: Realizar reuniones con líderes, consejos comunitarios para presentar la propuesta y ajustar la estrategia. Fase 2: Desarrollar talleres de creación artística: pintura, tejido, fotografía o teatro comunitario. Fase 3: Presentar las obras creativas en un evento comunitario: mural, exposición, canto colectivo, obra teatral o tejido memorial.	Activar confianza, participación y sentido de apropiación, al igual que promover la cohesión social a través del arte y la memoria compartida.

2. Raíces que sanan	<p>Programa de acompañamiento psicosocial que fortalece la recuperación emocional mediante la espiritualidad, los saberes ancestrales y el fortalecimiento de los vínculos familiares. Se basa en la comprensión de que la sanación en comunidades afectadas por el conflicto es un proceso colectivo, culturalmente situado y profundamente espiritual (Martín-Baró, 1990).</p>	<p>Brindar contención emocional y fortalecer los vínculos familiares como soporte de resiliencia ante el trauma vivido, fortalezcan sus lazos y elaboren el dolor desde sus propias prácticas culturales y espirituales.</p>	<p>Fase 1: Identificación de familias líderes (1 mes)</p> <p>Fase 2: Sesiones terapéuticas comunitarias (2-3 meses)</p> <p>Fase 3: Evaluación y cierre simbólico (3-4 meses)</p>	<p>Fase 1: Visitas a los hogares para conocer dinámicas familiares, prácticas espirituales y necesidades emocionales.</p> <p>Fase 2: Círculos terapéuticos familiares que integren espiritualidad, canto, palabra y saberes tradicionales y acompañamiento psicosocial grupal basado en la expresión emocional, regulación y reconciliación intrafamiliar.</p> <p>Fase 3: Evaluación participativa del proceso junto a las familias líderes.</p>	<p>Restablecer la confianza, el apoyo mutuo y la salud emocional de las familias afectadas para el fortalecimiento y mejora de prácticas y comunicación familiar.</p>
---------------------	--	--	--	--	---

3. Jóvenes guardianes del territorio	Estrategia educativa y participativa orientada a fortalecer el liderazgo juvenil y la apropiación del territorio desde la paz, la cultura y el cuidado ambiental. Parte de la idea de que los jóvenes son actores clave en la reconstrucción social y ambiental de comunidades afectadas por el conflicto (Freire, 1970), y que su participación potencia el empoderamiento y la transformación comunitaria (Montero, 2004).	Fomentar el empoderamiento y fortalecer capacidades de liderazgo, promover el arraigo territorial y fomentar compromisos con la paz, la cultura y la protección del entorno natural.	Fase 1: Formación en liderazgo (2 meses) Fase 2: Proyectos comunitarios juveniles (3 meses) Fase 3: Foro de cierre (1 mes)	Fase 1: Talleres formativos en liderazgo comunitario, participación ciudadana, resolución pacífica de conflictos y habilidades comunicativas. Fase 2: Actividades de recuperación ecológica: siembra, limpieza de ríos, cuidado de caminos ancestrales. Fase 3: Organización de un foro juvenil abierto a la comunidad, instituciones locales y organizaciones aliadas.	Promover el relevo generacional en la construcción de paz y el arraigo territorial, también fortalecer el sentido de pertenencia, creatividad y capacidad para transformar su realidad.
--------------------------------------	--	--	--	---	---

Nota. Estas estrategias se plantean para fortalecer la participación comunitaria y promover el liderazgo, buscando generar cambios sostenibles desde las capacidades propias de la comunidad.

Fuente. Autoría propia (2025)

Informe Reflexivo y Analítico Sobre las Imágenes y las Narrativas

Mirar Más Allá del Lente: La Fotografía como Puente Psicosocial

La experiencia de aplicar la imagen y la narrativa como prácticas psicosociales a través de la estrategia foto voz nos permitió trascender los límites del aula y adentrarnos en los territorios donde la vida, la memoria y la resistencia dialogan de manera silenciosa. Desde el inicio, comprendimos que este proceso no consistía solo en capturar fotografías, sino en aprender a mirar de nuevo: mirar con empatía, con respeto y con la intención de comprender lo que se oculta detrás de cada escena cotidiana. El lente se convirtió en una herramienta de encuentro, un medio para escuchar lo que muchas veces el dolor no deja expresar con palabras.

Pronto descubrimos que este proceso no consistía solo en capturar imágenes, sino en aprender a mirar de nuevo: mirar con empatía, con respeto y con la intención genuina de comprender lo que se oculta detrás de cada escena cotidiana. A medida que avanzábamos, el acto de observar se volvió una práctica consciente que nos obligaba a detenernos, a cuestionarnos y a confrontar nuestras propias percepciones. Las imágenes tomadas por las comunidades revelaban dimensiones profundas de su experiencia, mostrando no solo el dolor que las atraviesa, sino también la fortaleza, la esperanza y las formas de organización que sostienen su vida diaria.

De esta manera, el lente se convirtió en una herramienta de encuentro, un puente entre quienes observan y quienes comparten su mundo a través de la fotografía. En muchos casos, la cámara permitió escuchar aquello que el dolor, el miedo o el silencio no lograban expresar con palabras. La narrativa que acompañaba cada imagen abría espacio para conversaciones íntimas y colectivas, en las que la memoria se hacía visible y la resistencia tomaba forma. Al final, la estrategia de foto voz no solo enriqueció nuestro aprendizaje académico, sino que nos transformó

como sujetos, recordándonos que comprender al otro requiere tiempo, escucha y una mirada capaz de reconocer la dignidad en todas sus expresiones.

Rostros de la Violencia: Lo que Descubrimos en Cada Territorio

En cada una de las experiencias realizadas en los distintos municipios de Santander y Norte de Santander, descubrimos que la violencia tiene múltiples rostros. Está la que se ve en los espacios públicos deteriorados, la que se siente en los silencios del hogar, la que se esconde en la naturaleza que resiste la indiferencia humana, y la que se inscribe en los muros de una ciudad que busca ser escuchada. Pero también encontramos otro rostro, el de la resistencia y la esperanza, ese que florece en los gestos cotidianos de quienes, a pesar del sufrimiento, siguen apostándole a la vida (Elgado, 2017).

Desde el inicio del proceso con foto voz, nuestro grupo comprendió que cada fotografía era una invitación a detenernos y reflexionar. Las imágenes no eran solo registros visuales, sino símbolos cargados de historia, emoción y significado. En ellas se reflejaban las heridas colectivas y los esfuerzos silenciosos por sanar. Así lo señala Cantera (2016) cuando afirma que la imagen es una herramienta de reflexión social que permite exteriorizar la experiencia y resignificarla. Cada una de las fotos capturadas se convirtió en una puerta hacia la comprensión de las realidades que atraviesan las comunidades, y también en un espejo donde pudimos ver nuestras propias emociones frente al dolor ajeno.

Asimismo, el proceso dejó en evidencia que la fotografía, acompañada de la narrativa, puede funcionar como un dispositivo que potencia la agencia de los sujetos y favorece la construcción colectiva de sentido. Diversos autores han resaltado que el uso de metodologías visuales en investigación y trabajo comunitario permite que las personas reconstruyan su voz y participen activamente en la interpretación de su propia realidad. Según Wang y Burris (1997), la

estrategia de photo voice fortalece la capacidad de los participantes para identificar problemáticas, expresar sus vivencias y proponer cambios desde sus propias perspectivas. De manera similar, Harper (2002) señala que las imágenes abren caminos de comunicación que trascienden las limitaciones del lenguaje verbal y facilitan la exploración profunda de emociones y memorias. En este proceso, nuestro grupo experimentó cómo la fotografía no solo narra lo que se ve, sino que revela lo que se siente, permitiendo que la reflexión se vuelva un acto compartido y transformador.

Resistencia Silenciosa: Prácticas de Esperanza en Medio del Dolor

Uno de los aprendizajes más profundos fue reconocer que la violencia no siempre se presenta en forma de guerra o agresión física. También existe una violencia simbólica, emocional y estructural que se manifiesta en el abandono, en la falta de oportunidades y en el olvido institucional. (Elgado, 2017). En el barrio Monserrate, en Piedecuesta, observamos cómo la violencia intrafamiliar deja marcas silenciosas en las paredes del hogar, pero también cómo las mujeres, madres y vecinas construyen redes de apoyo que se convierten en refugios de resistencia. Allí entendimos que la resiliencia no es una palabra abstracta, sino una práctica viva que emerge del cuidado mutuo y de la solidaridad.

Además, comprender la presencia de estas violencias nos permitió profundizar en la idea de que muchas de ellas se encuentran normalizadas dentro del tejido social, lo que dificulta su identificación y transformación. Tal como plantea Bourdieu (1999), la violencia simbólica opera de manera sutil, legitimada por estructuras sociales que la hacen parecer natural o inevitable. En Monserrate, esta violencia se reflejaba en discursos cotidianos, en el silencio de quienes temen denunciar o en la distribución desigual de responsabilidades dentro del hogar. Sin embargo, a través de la estrategia de foto voz, las mujeres lograron visibilizar estas dinámicas,

reconociéndose a sí mismas como sujetas políticas capaces de nombrar lo que antes permanecía oculto. Las imágenes no solo retrataron escenas, sino que se convirtieron en un lenguaje que permitió entender cómo el dolor se filtra en la rutina y cómo la resistencia surge en gestos cotidianos.

De igual manera, observar las redes de cuidado formadas por las mujeres del barrio nos permitió comprender la resiliencia como una práctica colectiva más que individual. Según Walsh (2003), la resiliencia comunitaria se fortalece cuando los vínculos sociales permiten a las personas enfrentar la adversidad mediante la cooperación, el apoyo mutuo y la construcción de significados compartidos. En Monserrate, estas redes funcionaban como espacios de contención emocional, acompañamiento y protección frente a la violencia intrafamiliar y las carencias estructurales. Así, coincidimos con authors como Ungar (2011), quien señala que la resiliencia emerge cuando las comunidades logran crear recursos que respondan a sus necesidades y fortalezcan su autonomía. En este sentido, el proceso confirmó que la resistencia no siempre se expresa a través de grandes movilizaciones, sino también en los actos cotidianos de cuidado que sostienen la vida.

La Naturaleza Habla: Silvares, Agua y Montañas como Memoria Viva

Al recorrer el Cerro La Judía, en Floridablanca, sentimos la presencia de otra forma de violencia: la ambiental y simbólica. La naturaleza, convertida en refugio, carga con las huellas del descuido humano. Sin embargo, entre la basura y la indiferencia, la montaña sigue enseñando. Según Yerly Alejandra Mesa, su experiencia en este lugar le permitió comprender que el entorno natural guarda memoria y que el acto de fotografiarlo es una forma de honrar su historia. Las imágenes de árboles, senderos y reflejos de agua mostraron que la tierra también habla, que cada raíz y cada corriente de agua recuerdan quiénes somos. En este escenario, la

fotografía se transformó en un acto de reconciliación con la naturaleza, un recordatorio de que cuidar el territorio es también cuidar la vida.

La experiencia de Freddy Aldair Valencia, centrada en el agua como metáfora de transformación, nos invitó a reflexionar sobre la memoria emocional. El agua, en su quietud y movimiento, se convirtió en símbolo de sanación. En sus fotografías, los reflejos del cielo en el líquido mostraban cómo el dolor puede encontrar reposo cuando se le permite fluir. Así como lo expresa Montoya (2020), las imágenes fotográficas no solo capturan un instante, sino que permiten construir un diálogo entre el pasado y el presente, entre lo vivido y lo que aún duele. Cada imagen de Freddy evocaba la idea de que el proceso de curar no significa borrar las heridas, sino aprender a mirarlas desde la comprensión.

La experiencia de Jennifer también permitió comprender cómo la naturaleza sus montañas, ríos y silvares funciona como una memoria viva que resguarda las huellas del conflicto, pero también los signos de resistencia y continuidad. En Aguas Claras, la tierra no solo es un territorio físico, sino un espacio afectivo donde se entretajan las historias de quienes han sobrevivido a la violencia. Tal como plantea Escobar (2008), los territorios son escenarios donde se configuran modos de existencia y sentidos de vida que desbordan las lecturas puramente geográficas. Las fotografías de Jennifer, al capturar la relación íntima entre la comunidad y su entorno natural, revelaron cómo la naturaleza habla, recuerda y acompaña. El agua que sigue su curso, las montañas que protegen y los bosques que resisten se convierten en testigos silenciosos de las luchas cotidianas y en símbolos de esperanza para quienes buscan reconstruir su presente.

Voces del Catatumbo: Entre el Miedo y la Fuerza Colectiva

Por su parte, Jennifer Jafreth Amaya realizó su experiencia en el corregimiento de Aguas Claras, en el Catatumbo, un territorio marcado por la violencia sociopolítica y el conflicto

armado. Sus fotografías mostraron los rostros de la resistencia: mujeres, campesinos y niños que, a pesar del miedo, continúan cultivando la tierra y soñando con un futuro distinto. En sus narrativas, la esperanza aparece como un hilo que une las historias fragmentadas de la comunidad. Desde la perspectiva de Martín-Baró (1990), la psicología debe comprometerse con los pueblos oprimidos, acompañando sus procesos de reconstrucción simbólica y social. En este sentido, la labor de Jennifer evidenció la importancia del acompañamiento psicosocial en escenarios donde el dolor colectivo aún necesita ser nombrado para comenzar a sanar. (Montoya, 2020),

Asimismo, el trabajo de Jennifer permitió evidenciar cómo las comunidades del Catatumbo fortalecen su identidad colectiva mediante prácticas cotidianas que, aunque sencillas, se convierten en actos de resistencia frente al desarraigo y la estigmatización histórica. (Elgado, 2017). La siembra, los espacios comunitarios y las celebraciones locales funcionan como mecanismos para reconstruir el tejido social y reafirmar el sentido de pertenencia. Tal como plantea Gutiérrez (2015), los territorios afectados por la violencia encuentran en sus prácticas culturales una vía para reinscribir la vida y contrarrestar los efectos del miedo.

De igual manera, autores como Barrios y González (2017) destacan que el acompañamiento psicosocial en zonas rurales debe reconocer estas prácticas como recursos esenciales para la sanación colectiva, pues permiten transformar el dolor en memoria activa y en proyectos de futuro. Las imágenes de Jennifer, al capturar estos gestos cotidianos, no solo documentan una realidad marcada por la adversidad, sino que también iluminan las formas silenciosas en las que las comunidades sostienen la esperanza.

Colores Que Resisten: El Arte Urbano Como Memoria Comunitaria

En las calles de Málaga, las imágenes capturadas por Magda Rocío Ortiz revelaron otra forma de resistencia: la del arte urbano. Los murales, con sus colores intensos y rostros expresivos, se convirtieron en manifestaciones de memoria colectiva. Allí donde antes hubo muros grises, hoy hay historias pintadas con esperanza. El arte, como herramienta psicosocial, permite resignificar el espacio público y devolverle su valor simbólico. En las narrativas de Magda, el color se transforma en un lenguaje que desafía la indiferencia. Cada trazo y cada sonrisa pintada hablan del poder del arte para sanar, para unir y para recordar. Tal como lo plantea Delgado (2017), la imagen puede ser un medio de intervención comunitaria que promueve la participación y el fortalecimiento de los lazos sociales.

A través de todas estas experiencias, comprendimos que el trabajo psicosocial no puede limitarse a observar las problemáticas; debe implicarse emocionalmente con ellas, escucharlas y traducirlas en acciones transformadoras. En nuestro proceso, la fotografía nos permitió entrar a los territorios con respeto y sensibilidad, reconociendo a cada persona como sujeto de su propia historia. Freire (1970) nos enseña que la transformación social comienza con el diálogo, y eso fue precisamente lo que hicimos: dialogar con los lugares, con las personas, con sus dolores y esperanzas.

Finalmente, todas estas experiencias nos mostraron que la fotografía y la narrativa son más que herramientas de registro: son vehículos para construir memoria, fortalecer la identidad comunitaria y promover la resiliencia. Cada imagen, cada mural, cada gesto capturado se convirtió en un testimonio del poder de la creatividad y la solidaridad para enfrentar la adversidad. Como señalan Wang y Burris (1997), metodologías como photo voice permiten que los participantes se reconozcan como agentes activos de cambio, capaces de resignificar su

realidad y aportar a la transformación colectiva. De esta manera, el proceso nos enseñó que la verdadera intervención psicosocial no solo acompaña, sino que también empodera, visibiliza y construye esperanza, recordándonos que la memoria, el arte y la empatía son caminos esenciales para la sanación y la justicia social. (Montoya, 2020),

Miradas Que Curan: La Fotografía como Acto Ético y de Acompañamiento

Cada fotografía capturada por el grupo fue el resultado de un proceso de observación, emoción y reflexión. En ellas encontramos los símbolos de la vida cotidiana: una pelota olvidada, un mural colorido, una montaña silenciosa, un reflejo de agua, una ventana abierta. Todos estos elementos se unieron para contarnos algo esencial: la violencia puede dejar huellas, pero también puede dar paso a la transformación. Cada imagen se convirtió en un relato visual de resistencia, donde el dolor se convierte en aprendizaje y la adversidad en oportunidad de crecimiento. (Montoya, 2020).

Además, las fotografías permitieron visibilizar las experiencias que a menudo permanecen invisibles en la vida diaria de las comunidades. Tal como señalan Wang y Burris (1997), la estrategia de photo voice otorga a los participantes una voz para expresar sus realidades, resignificar sus vivencias y generar diálogos que fortalecen la conciencia social. Los objetos y paisajes capturados por el grupo no solo documentaban espacios físicos, sino que también funcionaban como metáforas de la memoria colectiva, mostrando cómo los territorios y los elementos cotidianos son testigos de procesos de dolor y resiliencia simultáneamente. Este enfoque permitió comprender que la fotografía puede ser una herramienta para la reflexión crítica, capaz de revelar dinámicas sociales complejas que a simple vista podrían pasar desapercibidas.

De igual manera, el trabajo visual y narrativo del grupo evidenció que la transformación no es únicamente individual, sino también comunitaria. Según Harper (2002), las imágenes pueden servir como disparadores de conversación y reflexión, promoviendo la construcción de significados compartidos y el fortalecimiento de los lazos sociales. En este sentido, cada fotografía se convirtió en un espacio donde la comunidad pudo reconocer sus propios recursos internos y externos para afrontar la adversidad, reforzando la idea de que la resiliencia emerge del encuentro entre las historias personales y colectivas. Así, las imágenes se transformaron en un instrumento de aprendizaje psicosocial, capaz de conectar emociones, memorias y prácticas de resistencia en un relato visual que trasciende la mera representación estética. (Delgado, 2017).

Tejiendo Significados: Aprendizajes del Trabajo en Equipo

En el proceso de análisis colectivo, el diálogo entre nosotros fue fundamental. Cada uno aportó su interpretación desde su experiencia personal y profesional. Descubrimos que no todos miramos de la misma forma, pero que cada mirada sumaba una nueva capa de sentido. Así, el trabajo en equipo nos permitió construir una comprensión más profunda de la realidad. No se trató solo de interpretar imágenes, sino de aprender a mirar desde la empatía y el respeto por la diversidad. La mirada compartida se transformó en un espacio de sanación colectiva, donde comprendimos que acompañar al otro implica también acompañarnos a nosotros mismos. (Delgado, 2017).

La sensibilidad adquirida durante este proceso fortaleció nuestra identidad como futuros psicólogos. Comprendimos que el acompañamiento psicosocial va más allá de aplicar técnicas: implica escuchar, observar, sentir y, sobre todo, creer en la capacidad del ser humano para transformarse. Cada experiencia fue una oportunidad para conectar la teoría con la vida, para comprobar que la psicología puede ser también una práctica de esperanza. En cada fotografía, en

cada narrativa y en cada reflexión, quedó grabado un mensaje: no hay transformación sin reconocimiento, ni sanación sin memoria. (Harper, 2002; Wang & Burris, 1997).

El proceso descrito se alinea de manera directa con varios Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), especialmente aquellos que promueven la paz, la inclusión social y el bienestar emocional. En primer lugar, se relaciona con el ODS 3: Salud y bienestar, ya que el acompañamiento psicosocial, la escucha empática y la construcción de espacios de reflexión colectiva contribuyen al bienestar mental y emocional de las comunidades y de los propios participantes (Ungar, 2011; Walsh, 2003). Asimismo, la experiencia refleja el ODS 4: Educación de calidad, al vincular la teoría con la práctica, fortaleciendo competencias profesionales y promoviendo aprendizajes significativos que trascienden el aula (Harper, 2002; Wang & Burris, 1997).

Además, el trabajo con comunidades afectadas por la violencia y la construcción de redes de apoyo se conecta con el ODS 16: Paz, justicia e instituciones sólidas, al fomentar la inclusión, la participación y la reconstrucción del tejido social en territorios históricamente vulnerables (Martín-Baró, 1990; Gutiérrez, 2015). También se evidencia un vínculo con el ODS 10: Reducción de las desigualdades, al dar voz a poblaciones que enfrentan exclusión, violencia estructural o simbólica, y reconocer sus capacidades para generar cambios desde su cotidianidad (Bourdieu, 1999; Barrios & González, 2017). En conjunto, el proceso de foto voz y la reflexión grupal demuestran que la transformación personal y colectiva es un componente clave para avanzar hacia sociedades más justas, resilientes y humanas, donde la memoria, la empatía y la solidaridad se convierten en herramientas de desarrollo sostenible.

Huellas de Cambio: Cuando la Imagen se Convierte en Relato Vivo

El video grupal Huellas de cambio fue la síntesis de todo este proceso. En él reunimos las voces, los paisajes y las emociones que acompañaron nuestro recorrido. Al ver las imágenes en movimiento, sentimos que la historia adquiriría nueva vida. Las fotos dejaron de ser estáticas y se convirtieron en un relato compartido. A través del video, quisimos transmitir que detrás de cada imagen hay una historia de resistencia, una voz que se rehúsa a ser silenciada. La edición, los sonidos y las frases elegidas reflejan nuestra intención de mostrar que, aunque las violencias son diversas, el poder del acompañamiento, la escucha y el arte pueden sembrar semillas de esperanza.

A medida que avanzábamos en la elaboración del proyecto, comprendimos que cada territorio guarda una pedagogía propia. La montaña enseña paciencia y equilibrio; el agua enseña fluidez y transformación; el arte enseña expresión y comunidad; el hogar enseña reconstrucción; y la tierra del Catatumbo enseña resistencia. Todos estos aprendizajes se entrelazan en un mismo hilo narrativo que nos invita a seguir trabajando desde la sensibilidad, la ética y el compromiso social.

En este recorrido por los distintos escenarios, la cámara se convirtió en una extensión de nuestra mirada interior. Cada vez que presionábamos el obturador, no solo capturábamos una imagen, sino también una emoción, una historia y un fragmento de la memoria colectiva. Aprendimos que observar con sensibilidad es una forma de compromiso ético, porque mirar implica reconocer la existencia del otro, su dolor y su capacidad de resistir. El acto de fotografiar se transformó así en un gesto de empatía y acompañamiento psicosocial, donde cada disparo era un intento de abrazar las realidades que el silencio suele esconder.

A medida que compartíamos las narrativas que acompañaban las fotografías, comprendimos que escribir sobre la imagen es también una forma de hacer justicia. Las palabras que surgían de nuestras observaciones no pretendían imponer significados, sino abrir puertas para el diálogo. Nos dimos cuenta de que, tal como menciona Freire (1970), la educación y la conciencia se construyen desde la palabra que libera, no desde la que impone. Cada texto narrativo fue un acto de libertad, una posibilidad de nombrar las heridas y resignificarlas desde la esperanza.

El trabajo colectivo con las comunidades nos permitió experimentar la fuerza de la acción participativa. En cada encuentro, las personas compartían sus historias y se reconocían en las imágenes. Era como si la fotografía les devolviera un pedazo de su identidad. En esos momentos comprendimos la importancia del reconocimiento: cuando alguien se ve reflejado en una imagen digna, su historia adquiere valor. La cámara se volvió entonces un instrumento de reconstrucción simbólica. En los ojos de quienes observaban las fotografías, vimos emociones que hablaban de dolor, pero también de orgullo.

Durante el proceso, nos enfrentamos a nuestras propias limitaciones emocionales. Hubo lugares donde el silencio pesaba y otros donde la risa se imponía como una forma de resistencia. Aprendimos que trabajar con escenarios marcados por la violencia exige equilibrio entre la sensibilidad y la fortaleza. La labor del psicólogo en estos contextos no es solo comprender las dinámicas sociales, sino también sostener con respeto y humanidad las emociones que emergen. Martín-Baró (1990) nos recuerda que la psicología comprometida con la realidad social debe ser una psicología que escuche, que acompañe y que ayude a reconstruir los vínculos rotos por la violencia.

La imagen y la narrativa, en este sentido, se consolidaron como recursos de acompañamiento y transformación. Al revisar las fotografías del Cerro La Judía, recordamos la conexión profunda que existe entre el ser humano y la naturaleza. Yerly Alejandra Mesa captó con su lente la serenidad del agua, los caminos que invitan a la reflexión y la luz que se filtra entre los árboles como símbolo de esperanza. Esa experiencia nos recordó que los territorios también sienten, que el deterioro ambiental es una forma de violencia que afecta tanto al entorno como a las emociones humanas. En las palabras de Delgado (2017), la imagen es un medio que facilita el vínculo entre la comunidad y su entorno, permitiendo que el arte se transforme en una herramienta para cuidar y sanar.

En otro escenario, las fotografías de Magda Rocío Ortiz mostraron el poder del arte urbano para resignificar los espacios. Cada mural fue una voz colectiva que hablaba del orgullo barrial, de las mujeres que sonríen a pesar de la adversidad y de los jóvenes que pintan su futuro sobre paredes que antes solo reflejaban abandono. En esas imágenes comprendimos que el arte es una forma de resistencia social, un acto de construcción de identidad que rompe con la pasividad y la indiferencia. Cuando una comunidad pinta sus muros, también pinta su historia; y al hacerlo, se reconcilia con su memoria.

Freddy Aldair Valencia, con su proyecto sobre el agua, nos enseñó que la naturaleza tiene memoria y que en ella se puede encontrar un espejo para la sanación emocional. En la quietud de los estanques y en el fluir de los cauces, el agua nos habló del proceso de transformación. Cada reflejo contenía un fragmento del pasado y una posibilidad de futuro. Su trabajo fue una metáfora viva de la resiliencia: así como el agua se adapta y busca su camino, las personas también pueden fluir a pesar de los obstáculos.

Voces del Catatumbo: Entre el Miedo y la Fuerza Colectiva

Por su parte, Jennifer Jafreth Amaya, en el Catatumbo, nos mostró la valentía de las comunidades que, a pesar del conflicto armado, continúan tejiendo la vida. En cada fotografía se percibía la fuerza de la gente que se niega a rendirse. Las miradas de las mujeres y los niños reflejaban la dignidad de quienes, aunque han vivido el miedo, siguen cultivando esperanza. Su trabajo fue un recordatorio del papel fundamental que tiene el psicólogo en escenarios donde el dolor es una herencia colectiva. El acompañamiento psicosocial, en este contexto, no se trata solo de intervenir, sino de acompañar con respeto, escucha y compromiso ético.

Maira Alejandra Lozano, con su serie de imágenes sobre los hogares marcados por el silencio, nos recordó que las violencias más profundas no siempre son visibles. En sus fotografías, los objetos cotidianos una ventana, una pelota, una prenda colgada se convirtieron en símbolos del miedo, la ausencia y la posibilidad de renacer. La luz que entra por la ventana fue metáfora de la transformación interior: un nuevo comienzo donde las heridas del pasado se abren a la posibilidad del perdón. En este sentido, la fotografía no solo capturó un espacio, sino también un proceso emocional de reconstrucción y reconciliación con la vida.

A lo largo del proyecto, las reflexiones colectivas nos llevaron a comprender que la acción psicosocial no puede separarse de la dimensión humana y afectiva. La empatía fue el eje transversal que permitió conectar las experiencias individuales con las realidades comunitarias. El trabajo en grupo nos enseñó a escuchar activamente, a reconocer las emociones propias y ajenas, y a construir significados compartidos. En este proceso, cada integrante se convirtió en testigo de la historia del otro, y esa intersubjetividad fortaleció nuestra comprensión del mundo.

El diálogo constante entre las imágenes, las narrativas y las teorías permitió que el análisis se volviera más profundo. Retomando a Montoya (2020), el ejercicio de la foto voz

impulsa la reflexión colectiva al generar conocimiento desde la experiencia vivida. No se trata solo de observar la realidad, sino de transformarla a través del entendimiento compartido. Desde esa mirada, nuestro proyecto “Huellas de cambio” se consolidó como un espacio de aprendizaje emocional, social y profesional, donde la psicología se unió con el arte y la comunidad para construir sentido.

También reconocimos el impacto personal que este trabajo dejó en nosotros. La cercanía con las historias de dolor nos confrontó con nuestras propias emociones. Aprendimos que acompañar no siempre significa tener respuestas, sino estar presentes y sostener con sensibilidad el sufrimiento ajeno. Hubo momentos en los que el cansancio emocional se hizo presente, pero también descubrimos que en la empatía se encuentra la fuerza para continuar. Este aprendizaje será una guía permanente en nuestra labor profesional.

El proceso nos demostró que la acción psicosocial no es un acto de asistencia, sino de construcción. Las comunidades no necesitan ser salvadas, necesitan ser escuchadas y reconocidas como protagonistas de su propio cambio. La fotografía nos ayudó a comprender que cada persona tiene algo que contar y que, al narrar su historia, también sana. En este sentido, la metodología foto voz nos permitió acompañar sin imponer, observar sin invadir y compartir sin juzgar.

Las imágenes, al ser compartidas entre nosotros y con las comunidades, generaron espacios de diálogo muy valiosos. Cada exposición fue una oportunidad para escuchar interpretaciones diversas, y en esa diversidad encontramos la riqueza del proceso. Comprendimos que una misma fotografía puede tener múltiples lecturas y que todas son válidas porque surgen de experiencias subjetivas. Esta pluralidad de miradas reafirmó nuestra convicción de que la psicología debe abrirse al encuentro, a la conversación y al respeto por la diferencia.

El sentido de Huellas de cambio se consolidó al reconocer que el verdadero cambio comienza en la conciencia. Al mirar nuestras propias fotos, notamos cómo también nosotros nos transformamos. La cámara no solo apuntó hacia los demás, sino también hacia nosotros mismos. En cada imagen vimos reflejados nuestros temores, nuestras memorias y nuestras esperanzas. La práctica fotográfica se volvió, así, una herramienta de autoconocimiento. Descubrimos que, al narrar la historia del otro, también narramos la nuestra.

Finalmente, comprendimos que la psicología, cuando se une al arte y la comunidad, tiene el poder de sanar. Las imágenes capturadas durante el proyecto se convirtieron en símbolos de resistencia, pero también en puentes que nos acercaron a lo más profundo de la condición humana. Aprendimos que la violencia no tiene la última palabra: la esperanza, la memoria y la creatividad son las fuerzas que mantienen viva la humanidad incluso en medio de la adversidad.

Sanar a Través de la Memoria: Reflexiones Finales del Proceso

En conclusión, este proceso reflexivo y analítico permitió integrar la teoría y la práctica en una experiencia significativa. Las fotografías se transformaron en relatos visuales de vida, las narrativas en herramientas de conciencia y el trabajo grupal en un espacio de crecimiento personal y profesional. Se evidenció que el acompañamiento psicosocial, más que una intervención, constituye un encuentro humano que promueve el bienestar emocional y comunitario, en coherencia con el ODS 3: Salud y Bienestar, el cual resalta la importancia de fortalecer la salud mental y el apoyo psicosocial para poblaciones afectadas por experiencias adversas (ONU, 2015).

De esta manera, el proyecto Huellas de cambio dejó una huella significativa en los participantes. Se reconoció que mirar con sensibilidad es un acto de amor, escuchar con empatía es un gesto de justicia y narrar con respeto es una forma de sanar. Cada imagen se constituyó en un testimonio del poder de la memoria, del arte y de la palabra. Además, se comprendió que la

labor profesional en psicología implica promover entornos seguros y libres de violencia, lo cual se articula con el ODS 5: Igualdad de Género, que destaca la necesidad de reconocer las desigualdades que afectan de manera diferencial a mujeres y niñas (ONU Mujeres, 2020). En los territorios se evidenció que las violencias no solo impactan los cuerpos y las historias, sino también que las mujeres han sostenido procesos comunitarios desde la resistencia cotidiana.

A lo largo de esta experiencia, se comprendió que la práctica psicosocial demanda un compromiso ético profundo. Acompañar comunidades implica reconocer sus saberes, validar sus formas de resistencia y construir relaciones desde la horizontalidad. Tal como plantea Freire (1970), el diálogo auténtico es un acto de liberación. Esta postura también fortalece el ODS 16: Paz, Justicia e Instituciones Sólidas, al promover espacios seguros donde las comunidades puedan narrar sus memorias, buscar justicia simbólica y reconstruir confianza social (ONU, 2015).

Cada territorio visitado reafirmó la importancia de la memoria colectiva. Las comunidades afectadas por la violencia requieren espacios para narrar sin temor, ya que recordar posibilita comprender y transformar. Martín-Baró (1990) señala que la memoria histórica es una herramienta de liberación frente a la opresión. En este proceso, la fotografía actuó como un mediador simbólico que permitió nombrar lo silenciado y reconocer la dignidad que persiste incluso en medio del dolor. Estos elementos contribuyeron al fortalecimiento de la paz y la reparación simbólica, principios del ODS 16.

El trabajo emocional también fue significativo. Las imágenes permitieron expresar emociones que no siempre pueden ponerse en palabras: miedo, tristeza, esperanza o fuerza. Como afirma Jelin (2002), la memoria es también un proceso afectivo que se construye en interacción con otros. A través del arte, se comprendió que el bienestar psicológico componente esencial del ODS 3 no se limita a la ausencia de enfermedad, sino que implica la capacidad de

reconocer y tramitar emociones en comunidad.

El proceso igualmente invitó a una reflexión interna. Algunos participantes identificaron aspectos de sus propias experiencias en las imágenes capturadas, confirmando que el acompañamiento psicosocial transforma tanto a quien acompaña como a quien es acompañado.

La metodología foto voz reforzó el valor de la metáfora y la expresión simbólica en la sanación emocional. Según Wang y Burris (1997), la fotografía participativa permite explorar experiencias y ejercer agencia sobre los propios relatos. En los talleres, cada imagen abrió conversaciones profundas sobre pérdida, resistencia y renacer.

La reflexión sobre el rol del psicólogo fue igualmente fundamental. Desde la perspectiva de Montero (2004), el psicólogo comunitario actúa como mediador cultural y facilitador de procesos colectivos. No es quien lleva el conocimiento, sino quien acompaña a construirlo. Esto también se relaciona con el ODS 5, al promover la participación equitativa y la inclusión de voces históricamente silenciadas, especialmente de mujeres y cuidadoras comunitarias.

El análisis de las imágenes fortaleció la capacidad crítica del grupo. De acuerdo con Ricoeur (2004), la interpretación es un ejercicio de apertura donde múltiples lecturas son posibles y legítimas. En este proceso, se logró dialogar sin imponer, escuchar sin invalidar y valorar la riqueza de las diferencias.

En términos éticos y emocionales, se vivió un proceso de transformación profunda. La empatía, la solidaridad y la sensibilidad humana pilares de una psicología ética se consolidaron como herramientas esenciales para construir entornos pacíficos y colaborativos, principios centrales del ODS 16.

Como futuros psicólogos, los participantes comprendieron que la imagen y la narrativa no solo constituyen herramientas metodológicas, sino caminos para promover la reflexión, la memoria colectiva y el bienestar social. Al reconocer desigualdades, brindar acompañamiento

emocional y fortalecer la paz, se contribuye a los objetivos globales de desarrollo, especialmente los ODS 3, 5 y 16.

Finalmente, Huellas de cambio se consolidó como una experiencia profundamente transformadora, al integrar teoría, práctica y emoción en un mismo proceso. Se evidenció que sanar no equivale a olvidar, sino a otorgar un nuevo significado a lo vivido y, desde allí, cultivar nuevas posibilidades. Cada imagen representó una semilla de conciencia que permanecerá en las comunidades y en quienes participaron. Se comprendió que el cambio inicia cuando se decide mirar el mundo con el corazón abierto.

Conclusiones

El desarrollo de este trabajo permitió comprender con mayor profundidad cómo la imagen y la narrativa se configuran como herramientas esenciales para el abordaje psicosocial en contextos atravesados por la violencia sociopolítica. Tal como señalan Jelin (2002) y Martín-Baró (1990), la memoria y el relato no solo permiten reconstruir el sentido y visibilizar lo vivido, sino que también se convierten en dispositivos de resistencia frente al silencio. Desde los estudios narrativos, los estudios de caso y la metodología *foto voz*, se evidenció que tanto la palabra como la imagen facilitan la expresión emocional, la elaboración simbólica del dolor y el fortalecimiento de la memoria colectiva en comunidades impactadas por el conflicto armado.

El análisis del caso “Sin descanso hasta encontrarlos” permitió identificar los impactos psicológicos, familiares y comunitarios asociados a la desaparición forzada. Estos hallazgos coinciden con los planteamientos de Villa Gómez (2010) y de Gámez-Aranda (2018), quienes afirman que la desaparición produce rupturas profundas en el tejido social, pero también genera prácticas de búsqueda, dignificación y exigencia de justicia. Desde la perspectiva narrativa, y en consonancia con White y Epston (1990), se reconoció la importancia de acompañar procesos donde las víctimas puedan reautorizar sus historias, pasando de relatos centrados exclusivamente en el sufrimiento hacia narrativas de resiliencia, agencia y dignidad.

Asimismo, el análisis del caso “Bojayá: entre fuegos cruzados” permitió comprender los efectos bio-psico-socioculturales de la violencia colectiva, así como los significados simbólicos que las comunidades atribuyen al duelo, la espiritualidad, el territorio y la reconstrucción comunitaria. Estos elementos se articulan con los aportes de Beristain (2000), quien enfatiza que el acompañamiento psicosocial debe ser sensible al contexto, respetuoso de las prácticas

culturales y consciente de las dinámicas históricas que configuran la experiencia del dolor comunitario.

La construcción de estrategias psicosociales basadas en la vida cotidiana y en los procesos sociohistóricos de cada comunidad demostró que la identidad, el arraigo territorial, la participación social y la memoria son pilares fundamentales para promover la resiliencia y la reconstrucción del tejido social. Esto se alinea con los planteamientos de Grotberg (1995) sobre los factores protectores de la resiliencia, así como con los aportes de Murguialday (2014), quien destaca la importancia de fortalecer las capacidades colectivas para la construcción de paz y la transformación social.

Por otra parte, la experiencia directa con la metodología *foto voz* permitió identificar cómo la imagen se convierte en un lenguaje propio capaz de expresar aquello que, en muchos casos, resulta silenciado o difícil de verbalizar. De acuerdo con Cantera (2016) y Montoya (2020), la fotografía favorece la reflexión crítica, la participación comunitaria y la reconstrucción simbólica de los territorios. Las imágenes capturadas en el Catatumbo, Málaga, Piedecuesta y el Cerro La Judía revelaron diversas violencias ambientales, intrafamiliares, sociopolíticas y simbólicas coexistiendo con prácticas de resistencia, cuidado mutuo y esperanza.

El trabajo grupal fue otro componente fundamental del proceso formativo. La integración de miradas diversas enriqueció la interpretación de los casos, en coherencia con la pedagogía dialógica de Freire (1970), quien sostiene que el conocimiento emerge del encuentro horizontal entre sujetos. La escucha activa, la conversación reflexiva y la construcción colectiva de sentidos fortalecieron tanto el análisis como la sensibilidad ética del equipo frente a las realidades estudiadas.

De forma transversal, este trabajo reafirmó que la memoria es un acto político, emocional y social que contribuye a la sanación individual y colectiva. Siguiendo a Martín-Baró (1990), reconocer la historia y resignificar el dolor se convierte en una vía para comprender las raíces de la violencia y avanzar hacia procesos de liberación simbólica. Así, la narrativa y la imagen demostraron ser puentes que conectan el pasado doloroso con la posibilidad de transformación del presente y con la construcción de futuros más dignos.

Referencias Bibliográficas

- Barrios, O., & González, J. (2017). Acompañamiento psicosocial en zonas rurales afectadas por el conflicto. Editorial Universidad del Valle.
- Bourdieu, P. (1999). La miseria del mundo. Fondo de Cultura Económica.
- Boss, P. (1999). Ambiguous loss: Learning to live with unresolved grief. Harvard University Press.
- Bruner, J. (1991). Actos de significado. Alianza Editorial.
- Butler, J. (2004). Vida precaria: El poder del duelo y la violencia. Paidós.
- Cyrulnik, B. (2001). Los patitos feos: La resiliencia—una infancia infeliz no determina la vida. Gedisa.
- D Cantera, L. (2009). La foto intervención como herramienta docente. Revista de Enseñanza de la Psicología: Teoría y Experiencia Vol. 5 (1).
https://www.researchgate.net/publication/37808070_La_fotointervencion_como_herramienta_docente
- Delgado, M. (2017). Intervención social desde la imagen y el territorio. Editorial U. Nacional.
- Elgado, L. (2017). Violencias silenciosas y resistencias comunitarias. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Gaborit, M. (2006). Psicología social de la violencia. UCA Editores.
- Grotberg, E. (1995). A guide to promoting resilience in children. Bernard van a Leer Foundation.
- Gutiérrez, A. (2015). Territorio, identidad y memoria colectiva en comunidades afectadas por la guerra. Universidad Javeriana.

- Halbwachs, M. (1950). La memoria colectiva. Fondo de Cultura Económica.
- Harper, D. (2002). Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1), 13–26.
- Herman, J. (1997). Trauma and recovery. Basic Books.
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores.
- Martín-Baró, I. (1990). Psicología social de la guerra. UCA Editores.
- Montero, M. (2004). Introducción a la psicología comunitaria. Paidós.
- Montoya, E. (2020). Foto voz como técnica de investigación en jóvenes migrantes de retorno. Trayectorias migratorias, identidad y educación. p. 15 -49. <https://eds-pebscohostcom.bibliotecavirtual.unad.edu.co/eds/pdfviewer/pdfviewer?vid=1&sid=4779b6e4-d11f-43e0-a229-c88f7638eec5%40redis>
- Oficina del Alto Comisionado para la Paz. (2016). Informe sobre la masacre de Bojayá. Gobierno de Colombia.
- ONU. (2015). Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030. Organización de Naciones Unidas.
- ONU Mujeres. (2020). Igualdad de género y empoderamiento de las mujeres. ONU Mujeres.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD (s.f). Objetivos de desarrollo sostenible. <https://www.undp.org/es/sustainable-development-goals>
- Ricoeur, P. (2004). La memoria, la historia, el olvido. Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez R. Cantera, L. (2016). La foto intervención como instrumento de reflexión sobre la violencia de género e inmigración. En *Temas en Psicología*, Vol. 24, nº 3, pp. 927 - 945. <https://dx.doi.org/10.9788/TP2016.3-09>

- Ungar, M. (2011). *The social ecology of resilience: A handbook of theory and practice*. Springer.
- van der Kolk, B. (2014). *The body keeps the score: Brain, mind, and body in the healing of trauma*. Penguin Books.
- Villa Gómez, J. (2010). *Acompañamiento psicosocial en comunidades afectadas por el conflicto armado*. Universidad de Antioquia.
- Wang, C., & Burris, M. (1997). Photovoice: Concept, methodology, and use. *Health Education & Behavior*, 24(3), 369–387.
- White, M. (2007). *Maps of narrative practice*. W. W. Norton & Company.
- White, M. (2012). *Narrative practice: Continuing the conversations*. W. W. Norton & Company.

Apéndices

Apéndice 1

Huellas de cambio

Link del video: https://youtu.be/my_QnfR-Qus

Nota: Contenido audiovisual de testimonios construidos durante el ejercicio de Foto voz evidenciando memorias, aprendizaje y transformaciones surgidas a lo largo del proceso.

Fuente. autoría propia (2025)